

LA TRANSFERENCIA

El recuerdo del primer día de trabajo –el primer día en la Banca, en este caso- se ha conservado imborrable, como el de aquellos sucesos importantes y el de “las primeras veces” que se quedan grabados a modo de jalones del camino recorrido. Nosotros reproducimos este recuerdo de Federico y su debut en el Vizcaya, sabiendo que traerá a la memoria de muchos “aquellos primeros pasos en Banca”.



Fue a finales del año 48. Un día cualquiera del mes de diciembre. Afuera –calle de Alcalá- hacía frío y creo que llovía. O quizás no. Para el caso es lo mismo, ya que esta historia nada tiene que ver con el parte meteorológico. En todo caso, en el interior del BV, hacía un calorcito muy aparente. Yo, dieciocho años recién cumplidos –santo cielo, casi no me lo puedo creer-, venía de suspender quinto de bachillerato.

-En cuanto suspendas un curso, a trabajar –mi padre, dixit-.

-Para que veas que no soy tonto -yo a mi padre dixit-, al aprobar las oposiciones a Auxiliar Administrativo de Banca.

Desembarque –me desembarcaron- en el departamento de Giros y Transferencias. Me llevó de la mano, es un decir, uno del Departamento de Personal, ahora Recursos Humanos; toma ya. Mi introductor se plantó ante el Jefe y dijo:

-Este es el nuevo -y se largó, el tío.

El jefe me miró, luego cambió de sitio unos papeles y a continuación volvió a mirarme. En aquel momento, no sé por qué, yo también me sentí un papel.

-Emilio –llamó con voz estentórea-. A mí me pareció que era estentórea; no sé.

Emilio acudió (con el tiempo Emilio llegaría a ser uno de mis mejores compañeros).

-Este es el nuevo –anunció el Jefe. Lo que era obvio, así que no colijo porqué tuvo que anunciarlo.

-Que se siente a tu lado y le vas enseñando.

Emilio no dijo “okey” porque en aquel tiempo no se decía okey, de manera que se limitó a asentir.

Nos sentamos.

-Esto es un impreso de transferencia –y Emilio me enseñó un impreso de transferencia, claro.

-Y esto, la orden del cliente. -y esto etc. etc....

No habría pasado un cuarto de hora, cuando a Emilio le llamó alguien, no recuerdo quién. Se levantó y me espetó:

- Venga, ponte en mi sitio, mete el impreso en la máquina y vas haciendo tú la siguiente, mientras yo vuelvo.

Cuando Emilio volvió, el nuevo, o sea quien suscribe, ya había terminado la primera transferencia (escribiendo a máquina yo era rápido como el rayo; bueno no tan rápido, digamos que razonablemente rápido). Y me encontraba a punto de comenzar la segunda.

-Deja, yo sigo –anunció Emilio.

-Tu lleva éstas al Jefe para las revisiones y firme.

Y allá me fui con el montón de transferencias. La mía, la que había hecho yo, la primera, encima de todas. Llegué y se las puse al Jefe delante de las narices, así, con toda inconsciencia. Sin motivo que pueda considerarse lógico, me quedé allí, mirando, como una estatua de sal, aunque yo no era la mujer de Lot (esto no viene a cuento).

El Jefe cogió mi transferencia (que estaba encima de todas, como digo) y comenzó a revisarla. De pronto su gesto tomó una dureza insólita y sus pupilas se clavaron en mi rostro como dos puñales emponzoñados en *curare*. Sentí cierta flojera en las canillas. Ese mirar avieso no me gustaba nada; lo que se dice nada.

-¿Qué es esto? –rezongó el Jefe con voz preñada de amenazas, agitando el impreso como si le hubiera dado un “telele”.

-Una transferencia -balbucí yo, empezando a darme cuenta de que no me llegaba la camisa al cuerpo.

-Eso ya lo sé -afirmó, rotundo, mi enojado interlocutor.

- Toma, lee –y me largó la dichosa transferencia-. La acerqué a mis asustados ojos. Leí. Dios santo, efectivamente ¿qué era aquello? Me quedé atónito, perplejo, patidifuso; si es que puede quedar uno las tres cosas al mismo tiempo. Me pareció que el Jefe ensayaba una mueca demoníaca.

-Enseñasela a Emilio –ordenó con voz seca o más bien rasposa.

Con mi rostro anonadado integral, me fui a donde Emilio.

-Oye, Emilio, mira... Yo no sé... –logré balbucear, mientras tendía la maldita transferencia.

-¿Tú donde has aprendido a escribir a máquina, macho? –logró articular Emilio entre su risa sorda como el cocer de una olla antigua y mirándome a la vez que una mueca, que yo diría de *cachondeo*, se dibujó en sus labios.

Me sentí ofendido, oye.

-En la mejor academia del mundo –repliqué con horrible petulancia.

Por supuesto no era la mejor academia del mundo, ni de España, ni siquiera de Madrid. Llegados a este punto mi perplejidad se había convertido en un principio de cabreo bastante considerable.

-Entiendo –Emilio seguía con su borboteo de cazuela-. Y, por tanto, en esa famosa academia has aprendido el método ciego, o sea, sin mirar al teclado ¿no es verdad?

-Naturalmente –respondí con la misma petulancia de antes.

-Pues, macho, aquí hay que mirar al teclado –y puso mirada como de ángel.

-¿Sabes por qué? Porque esta máquina es una *Torpedo*, como verás un poco antigua, y su teclado **no es universal**.

¿Os lo imagináis? ¿Conocisteis aquellas máquinas del diablo? Era el año 48, ya queda dicho. Tuvisteis que conocerlas. No estoy seguro de si la marca era *Torpedo*. Quizás fuera otra. Lo que sí os puedo jurar es que, desde entonces, no he vuelto a escribir por el método ciego. Ni siquiera en las famosas *Olivetti-Lexicon 80*.
